

Carta desde Estambul

Por Thomas L. Friedman. *New York Times*, 15 de junio de 2010

Me gusta ... la idea de una Turquía moderna, la idea de un país en el gozne de Europa y Oriente Medio que se las arregla para ser a la vez moderno y laica, musulmán, democrático; que mantiene buenas relaciones con los árabes, Israel y Occidente. Después del 9/11, yo me contaba entre los que elogiaban el modelo turco como el antídoto al “Bin Ladenismo”. De hecho, la última vez que visité Turquía en 2005, mis conversaciones con los funcionarios giraron en torno a los esfuerzos de Turquía para adherirse a la Unión Europea. Por eso resulta tan impactante volver hoy y encontrar al gobierno islamista de Turquía aparentemente enfocado no en adherirse a la Unión Europea sino a la Liga Árabe —no, tacha eso—: incorporándose al frente de resistencia Hamas-Hezbollah-Irán contra Israel.

Ahora, ¿cómo pudo ocurrir eso?

Momento, Friedman. Ésa es una burda exageración —dicen los funcionarios turcos.

Tienen razón. Exagero, pero no tanto. En los últimos años surgió una serie de vacíos en y alrededor de Turquía que han llevado a su gobierno islamista —encabezado por el Partido Justicia y Desarrollo del Primer Ministro Recep Tayyip Erdogan— lejos de su punto de equilibrio entre Oriente y Occidente. Esto podría tener enormes implicaciones. El papel de Turquía como fiel de la balanza ha sido uno de los más importantes, discretos y estabilizadores de la política mundial. Sólo se nota cuando está ausente. Una estancia en Estambul me convence de que podríamos estar en camino de perderlo si todos estos vacíos se llenan en forma equivocada.

El primer vacío surgió por cuenta de la Unión Europea. Después de decir a los turcos durante un decenio que si querían adherirse a la UE tenían que reformar leyes, economía, derechos de las minorías y relaciones entre civiles y militares —lo cual hizo sistemáticamente el gobierno de Erdogan— el liderazgo de la UE ha manifestado ahora a Turquía: “Somos un club cristiano que no admite musulmanes. Oh, ¿dices que nadie te lo dijo?” El rechazo de la UE a Turquía, una jugada sumamente mala, ha sido el factor clave que acercó a Turquía a Irán y al mundo árabe.

Pero como Turquía comenzó a buscar más al sur, se encontró otro vacío: No hay liderazgo en el mundo árabe-musulmán: Egipto está a la deriva; Arabia Saudita está dormida; Siria es demasiado pequeña e Irak es demasiado frágil. Erdogan descubrió que al adoptar la línea dura contra el bloqueo parcial de Israel a Gaza encabezada por Hamas y que al apoyar discretamente a la flota dirigida por turcos para romper ese bloqueo —durante el cual ocho turcos murieron a manos de Israel— Turquía podría

aumentar enormemente su influencia en la franja y en los mercados árabes.

En efecto, hoy Erdogan es el líder más popular en el mundo árabe. Por desgracia, no lo es porque esté promoviendo una síntesis de democracia, modernidad e Islam, sino porque está despotricando a gritos contra la ocupación de Israel y alabando a Hamas en lugar de apoyar a una autoridad palestina más responsable en la ribera occidental, lo que realmente sentaría las bases de un Estado palestino.

No hay nada malo en criticar los abusos contra los derechos humanos de Israel en los territorios ocupados. El fracaso de Israel para aplicar su creatividad a la solución del problema palestino es otro peligroso vacío. Pero es muy preocupante que Erdogan condene a los israelíes como asesinos mientras recibe coplácido en Ankara al presidente de Sudán, Omar Hassan al-Bashir, quien fue acusado ante la Corte Penal Internacional por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad por el baño de sangre en Darfur, y, al mismo tiempo, hospede con cortesía al presidente de Irán, Mahmoud Ahmadinejad, cuyo gobierno mató y encarceló a miles de iraníes por demandar que sus votos fueran contados. Erdogan defendió su recepción de Bashir diciendo: “No es posible que un musulmán cometa genocidio”.

Como me lo dijo un analista de la política exterior turca: “Ya no mediamos entre la política de Oriente y Occidente. Nos hemos convertido en portavoces de los más retrógrados elementos de Oriente”.

Por último, existe un vacío dentro de Turquía. Los partidos de oposición seculares han vivido la mayor parte del decenio en desorden; al ejército lo han acobardado las escuchas telefónicas y la prensa ha sido intimidada crecientemente hasta la autocensura debido a las presiones del gobierno. En septiembre, el gobierno de Erdogan impuso a Dogan, el más grande, influyente y crítico conglomerado de medios, una multa de \$ 2.5 mil millones para meterlo en cintura. Al mismo tiempo, Erdogan ha hablado cada vez con mayor virulencia contra Israel en sus discursos públicos de fechas recientes, describiendo a los israelíes como asesinos, para fortalecer el soporte interno a su gobierno. Regularmente etiqueta a sus críticos como “contratistas” de Israel y “los abogados de Tel Aviv”.

Triste. Erdogan es inteligente, carismático y puede ser muy pragmático. No es ningún dictador. Me encantaría ver que fuera el líder más popular en la franja árabe, pero no por ser más radical que los radicales árabes ni por servirle a Hamas, sino por ser un defensor de la democracia, mayor que los líderes árabes no democráticos, y un mediador equilibrado entre todos los palestinos e Israel. Sin embargo no es ahí donde Erdogan está, y eso es preocupante. Quizá el presidente Obama debiera invitarlo un fin de semana en Camp David para aclarar el aire de las relaciones Estados Unidos-Turquía antes que lleguen al precipicio hacia donde se encaminan.